

correspondientes al primer trimestre de 1893 que he logrado reunir, y en los cuales se ven recuerdos, artículos, versos, notas, láminas, alegorías y jeroglíficos en honor del poeta, y se estampan sus retratos y autógrafos. Algunas publicaciones importantes le han dedicado el número entero, y han reproducido la partida de bautismo y el testamento del difunto. Tanto en lo bueno como en lo malo, escrito con este motivo, no hay duda que rebosa el verdadero y espontáneo dolor de la patria, reflejado por medio de la imprenta. No recuerdo quién daba el impertinente consejo de que *retumbasen todos nuestros cañones y cantasen lamentaciones sin fin todos nuestros poetas.....*; consejos que por fortuna se desatendieron en su primera parte, porque hubiese sido cosa de taparse los oídos del cuerpo y los del entendimiento para no escuchar el inútil retumbo de tan extemporáneos cañonazos. Los poetas cantaron á su colega, porque es probado que en España todo se canta, aun cuando no haya consejero que lo mande ó avise. No faltaron, sin embargo, discípulos predilectos de las musas que en prosa corriente y moliente dijese que enderezara trovas á Zorrilla era, tras de temeraria osadía, tan oportuno como agasajar con dulces á un confitero ó verter escudillas de agua en caudaloso río. Ni tampoco han faltado, en verdad, excelentes poemas dignos por fondo y forma del hombre á quien se consagraban.

Lo único que ha escaseado, porque en España hay poca ley á los epistolarios, es la publicación de cartas privadas de Zorrilla. No llegan á media docena las que se han impreso con motivo de su fallecimiento. El autorizado periódico que dió á luz algunas de ellas, decía lo que copio:

«Tanto ó más que la vida pública nos interesa la vida privada de los grandes hombres. En la intimidad del hogar, en la conversación amistosa, en las *cartas familiares*, se retrata el alma, libre de disfraces y desprovista de los convencionalismos que la sociedad exige á todos, pero más particularmente á los que por cualquier concepto sobresalen entre la multitud. Quizá, si fuese posible conocer la correspondencia de Zorrilla, llegaríamos á formar juicio exacto acerca de muchas de sus composiciones poéticas, y acaso nos fueran comprensibles no pocas extravagancias de su vida.»

Confirman, á mi juicio, la verdad axiomática de estos renglones la importancia é interés que tienen los tomos de cartas de Heine, Byron, Balzac, Voltaire y otras personas de menor renombre, que con gran aplauso han salido á luz en países extranjeros. Un distinguido bibliófilo madrileño prepara en la actualidad el epistolario del célebre D. Bartolomé José Gallardo. ¡Cuán curiosos no serían los de Larra, Espronceda, Bretón, Hartzenbusch, Galiano, Olózaga, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, D. Fermín Caballero y otros ciento! Las cartas de D. Juan de Austria, por ejemplo, que se insertan entre los peregrinos *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba*, nos hacen conocer al hijo de Carlos V mejor que algunas de las biografías de tan bizarro príncipe. Y en orden inverso, las misivas de gentes de buena minerva y escasa ó nula celebridad en los siglos XVI y XVII, dadas á luz en el *Memorial histórico español* y en la *Biblioteca de Rivadeneyra*, nos revelan usos, noticias y curiosidades que en vano buscaríamos en los más renombrados historiadores de las edades pasadas. Sean, pues, las cartas de Zorrilla las que inicien en España la moda de los epistolarios de celebridades contemporáneas.

Para predicar con el ejemplo, y porque la índole fugaz de las misivas (aun hallándose encuadradas, como las que yo poseo) las tiene en constante peligro de pérdida ó destrucción, copiaré algunos de los gallardos autógrafos que conservo de mi ilustre amigo.



Es de advertir, como preliminar indispensable, que á fines de Noviembre de 1889 dije á Zorrilla que me proponía festejarlo con un gran banquete; y él, que tan harto estaba de recibir este linaje de obsequios, me contestó, con la resignación del hombre fino y bien educado, que aceptaba con gusto mi convite.

—¿Me dirás el día y hora?

—Pues el día y hora que tú determines—le repliqué—supuesto que al festín no hemos de asistir más que nosotros dos.

—¡¡¡De veras!!!..... ¿De veras no más que los dos?—exclamó Zorrilla saltando de júbilo y lleno de infantil alegría.

Salió del gabinete y llamó á su mujer para participarle el gozo de que se hallaba poseído.

El próximo día, á las siete de la tarde, entrábamos en la habitación del banquete, que hice preparar en el *restaurant* más acreditado de la corte. La mesa se hallaba, como era de suponer, galanamente adornada. Zorrilla dejó su abrigo, y de seguida empezó á levantar cortinas y á tocar con los nudillos en los muros; á cerciorarse del sitio á donde caía el balcón, y, en fin, á examinar prolija y minuciosamente las condiciones topográficas de la pieza.

—Hago esto—me dijo—para convencerme de que estamos solos y de que no hay posibilidad de que nos oigan curiosos.

—Y la verdad—añadió—yo sería del todo feliz si me dejaras la completa jurisdicción de esta comida.

—Pues cuenta que la tienes con mero y mixto imperio—le contesté.

Y entonces, con gran prosopopeya y restregándose las manos, ordenó que levantasen de la mesa el florido centro que la adornaba y los platillos de entremeses; que viniera de una vez toda la comida, menos el helado; que nos acercasen platos, cuchillos y tenedores, para poder cambiarlos nosotros mismos; que trajesen doble cantidad de ostras, y que cerrasen la puerta, porque con el timbre avisaríamos si de algo más necesitábamos.

Todo se cumplió al pie de la letra. Zorrilla, que no era gastrónomo ni mucho menos, después de hacer zafarrancho en las ostras y de rechazar la sopa y la fritura, se dedicó al solomillo de vaca y á las codornices, platos que calificaba de ricos y superiores, y con los cuales y varios tragos de buen Jerez hizo toda su comida.

La conversación sí que resultó variada, cordial y expansiva. Como hablamos de mil cosas, ó sea de América y de Europa, de lo temporal y de lo eterno, no puedo recordar cuanto allí dijimos. Entre los puntos tratados fué uno el teatro y los actores; y éste sí que permanece y permanecerá fijo en mi memoria mientras yo viva. No; no podré olvidar los movimientos, la entonación, las inflexiones y la fisonomía del vate, cuya pequeña figura se redoblaba, al declamar en formas distintas, ó séanse de comediante de la legua y de buen trágico, varias escenas y diálogos de *Sancho García*, de *Traidor inconfesado y mártir* y de *El Zapatero y el Rey*.

Atónito y suspenso lo escuchaba yo, haciéndole repetir aquello de

(Sancho.) Y oid, madre y señora,
Que pronto es fuerza que el clarín me llame
Para salir contra la hueste mora,
Y antes, de mi cariño daros quiero
La última prueba, y el adiós postrero.
Si habéis manchado vuestro honor liviana,
Fea fragilidad en vos ha sido,
Mas carga fué de nuestra raza humana,
Y frágiles al mundo hemos venido;
Mas decir que una noble castellana
Quiso al hijo matar de ella nacido,
No ha de poder el mundo, madre mia,
Mientras ayude Dios á Don García, etc., etc.

(Traidor.) Verme mudo os diera pena;
De que es estoy persuadido
Mi voz para vuestro oído
El cantar de la sirena.
¡Mordaza! de vuestros fieros
Á pesar, si lo procuro
De veras, estoy seguro,
Señor juez, de adormeceros.
Ya me parece, ¡pardiez!
Que comenzáis á turbaros,
Y no he hecho más que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
Lo que pasa en vuestro pecho:
Á fuerza de ir y volver
Sobre quién soy, de mi ser
Un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
Vuestra razón exaltada,
Y mi voz y mi mirada
Os deslumbra y os fascina, etc., etc.

(D. Pedro.) Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.
Á tener otro remedio,
No me fiara en ninguno;
Más place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
El cielo me castigó.
¡Destino el cielo me dió,
Men Rodríguez, bien tirano!
Sufri todos sus reveses,
Pero no puedo sufrir
Que me obligue hoy á venir
Á ampararme de franceses.
¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,
Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
Tan extremada creía,
Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche oscura.
¡Ay! cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,
En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido, etc., etc.

En ningún verdadero teatro he gozado tanto como en el de aquella noche, en que el poeta, entre sorbo y sorbo de café, de pie unas veces, otras medio terciado en la silla, era el actor; y yo, saboreando mi habano, representaba al público, prorrumpiendo en silbidos ó aplausos según las cir-

cunstancias. Lejos de asemejarse Zorrilla á *sombra viviente que el sepulcro respeta*, parecía en esta ocasión un Hércules en quien se encarnaban las prodigiosas facultades de Máiquez y de Latorre.

Era ya la una de la madrugada, y nuestros estómagos recordaron que habían pasado seis horas después de la comida. Cenamos sardinas, queso y pasteles; dejé á Zorrilla en su casa, y á las veinticuatro horas recibí la siguiente esquela:

«J. ZORRILLA.

»Eximio Thebussem: La digestión de tu gran banquete fué tan buena como el banquete. ¡Cuánto gocé sin tener que andar con repulgos, melindres ni etiquetas! ¡Qué libertad tan bella, tan legítima y tan hermosa! ¡Qué público tan indulgente el que aplaudía mis comedias! Te aseguro que tu convite dúplex de comida y cena, único en su género, ha sido la gratisima compensación de los repetidos festines ceremoniosos con que tanto me han jorobado en este mundo. Dios te lo pague.

»Por casualidad vi y se lo conté á Miguel de los Santos (ó de los *Demonios*, como tú le llamas), y me aseguró que te iba á escribir un memorial suplicando formar el terno de la mesa cuando otra vez me convides.—Yo soy cero, dijo el zumbón de Miguel Álvarez: me coloco á la izquierda de ustedes, y ni quito ni pongo rey.

»Va adjunto el libro que te ofrecí. Deseo que no olvides escribir y mandarme pronto las notas de aquellas ideas, que tanto me hicieron reír, sobre los apellidos machos y hembras.

»Ya iré á verte, como me toca de obligación. Y para firmar en *masculino*, te aseguro que

»Mucho quiere al Doctoreillo
Su amigo Pepe Zorrillo.

»T/c. 26 Noviembre 89.»



. Pasemos desde estos alegres y regocijados renglones á la carta en que, transcurrido corto plazo, me refería sus cuitas y pesares:

«J. ZORRILLA.—Madrid, 1.º Enero 1890.

»Mi queridísimo Doctor Thebussem: Dios te dé buen año nuevo y á mí me lo deje vivir completo, para poder consolar las tristezas de mi alma con tus eruditas regocijadoras ocurrencias.

»Ayer, último día del año para mí azaroso de 1889, recibí tu carta como una gota de fresco y saludable bálsamo en una llaga irritada por el sol; última sensación grata y último recuerdo suave y delicioso del año *impar* que tantos amargos é importunos me deja, y por eso me he levantado hoy temprano para empezar el 90 contestándote, que es lo mismo que si hablara contigo, cosa para mí la más entretenida del mundo, y manera la más á mi gusto de concluir un año y empezar otro.

»Leí en cuanto lo recibí tu folleto intitulado

Cómo se acabó en Medina
El Rosario de la Aurora,

y á pesar del ¡MUCHO OJO! que apuntabas con letra gorda



ENSEÑAR AL QUE NO SABE.—POR G. FISCHER.

en su cubierta, me cogió el toro del ingeniosísimo desenlace, y con el sabor de tal lectura me despierto para empezar el año.

»¡ Bendito seas, tú que me abres esa puerta de oro y de luz para entrar en él! ¡ Dios me lo depare tal como tú me lo deseas!

»Y para que te convenzas de la verdad de cuanto te digo, has de saber que hace doce días que tengo á mi mujer en cama con fiebres que le producen el delirio y que nos tienen en un pie á la rubia chica y á mí, para impedir que la enferma se arroje al suelo y abra los balcones, que es su manía. Pero llegó ayer tu carta á las once, y al venir el médico á las dos, la encontró sin calentura y le prometió que hoy la dejaría levantar algunas horas. ¿Lo ves? Vino con tu carta la salud y concluyó bien el año con ella: conque Dios bendiga la buena sombra que has traído á mi casa.

»De mis negocios, todos van de mal en peor: sólo aquí se concibe que después de mi *fastuosa glorificación*, ni me quede un poderoso que me ampare á derechas, ni un editor que quiera pagarme un libro.

»Vico me propuso refundirle la primera parte de *El Zupatero y el Rey*: era un buen modo de volver al teatro; pero Vico ha tenido que tronar con el teatro Español por falta de protección y de dinero, y yo he tronado con él, esperando sólo en la Providencia. Tengo tres ó cuatro cosas que imprimir: tengo cinco mil versos de un poema ó leyenda religiosa tradicional titulada *Historia de tres Ave-Marias*. Tengo dos mil de otra, *Dos escondidos y una tapada*, y tengo las notas, apuntaciones y muchos romances del *Romancero del Rey Don Pedro*, pendant del del Cid; pero no hay editor que tenga ánimo para ayudarme á concluir nada, porque siendo obras largas, necesito recibir el precio conforme voy entregándolas por partes.

»En suma; estaba mucho mejor cuando Delgado y Gullón me explotaban, porque entonces el crédito que con ellos tenía me hacía vivir; y ahora, si Dios me alarga la vida, estoy camino del hospital ó del manicomio.

»Es posible que muy pronto te dirija y dedique alguna ó algunas cartas tituladas *Observaciones de un loco sobre algunas cosas de actualidad*. ¡Ya verás, ya verás! (1)

»Repítame por escrito lo que de palabra me dijiste sobre Beltrán Claquín, pues es para mí del mayor interés. Te ruego que no lo demores y que me quieras como te quiere tu viejo

PEPE.»

« Santa Teresa, 2 y 4, 3.º izquierda. »



Si es grande la amargura que este papel manifiesta, no le va en zaga la melancolía que rebosa en el siguiente:

« J. ZORRILLA.—Madrid, Octubre 6-90.

»Doctor Thebussem querido: (Ya que en los pliegues de tu muceta te place esconder y á nosotros dejar de ver lo *Pardo* y lo *Figuroa*, tan tibio y misterioso lo primero como de buena sombra lo segundo), Dios te bendiga por tu carta y folleto, que vienen á meter un rayo de sol alegre en las tinieblas de

la tristeza en que me ha dejado sumido mi extemporánea, estéril é inconcebible coronación. Yo te explicaré de palabra esto que aun no es para escrito.

»Supe tarde la desventura del fallecimiento de tu señor padre, porque el mismo 14 de Febrero sufrí y las dos operaciones de la cabeza: como en consecuencia de ellas he tenido que estar vendado ciento trece días, no me la quisieron comunicar hasta después de restablecido, sabiendo lo que te quería y temiendo que semejante noticia me sentaría mal. No sé si agradecer ó sentir esta delicadeza de las dos rubias que tengo en mi casa, porque te hubiera enviado dos palabras de pésame, aunque de mano ajena. Tres meses después, ya necesitaba explicaciones inútiles por tardías, y además consideré que, habiéndose hablado en los periódicos de mi enfermedad, tú supondrías que yo estaba fuera del mundo.

»Valiérame más haber salido de él de una vez, que quedar como he quedado, abandonado de los de arriba, envidiado de todo el vulgo literario (y en especial de quien tú sabes), y en la posición de ni Rey ni Roque, condenado implícitamente á muerte civil, á total aislamiento y nulificación total, si á la Providencia, para mí poco providente, se le antoja prolongar mi vida media docena de años. Repito que no puedo explicararte esto que te parecerá incomprensible: lo que en otro país me hubiera traído á una resurrección y á una nueva vitalidad, procurándome editores y empresarios para mis últimas obras, me ha quitado todos los medios de trabajo y venta de mis escritos, y no hay quien me ofrezca veinte duros por mis artículos, ni mil pesetas por un libro. Dicen que ya tengo bastante con mi gloria, que yo creo, Doctor querido, que está maldita de Dios.

Una de las heridas, que cogió en carne vieja y apollada, no está bien cerrada todavía, y todavía me cura el doctor cada tres días. Y la suspensión de tantos meses de trabajo; la deuda que tuve que contraer para ir á Granada á hacer el papel de Rey de Copas; el desprecio en que los editores hunden mis obras; la sorda guerra que les promueven los poetas por horas y periodistas al minuto, bajo el *parti pris* de desvalorarlas por anticuadas y dignas de olvido, me han colocado en una posición tan desesperada, tan humillante y tan deshonorosa, si llega á arrastrarme á un escándalo, que involuntaria é inconscientemente se ha desbordado mi amargura en las pocas líneas de esta carta, que debían llevarte á ti el consuelo y la alegría de juveniles recuerdos y de poéticas esperanzas.

»Tu folleto *Cosas y Casas de Hidalgos* me ha servido esta mañana, después de un triste y silencioso almuerzo, de lenitivo breve, pero salutífero y balsámico, á mis pesares: y la vista y registro de sus *zaguanes y caballerizas, patios y escaleras, galerías y jardines, y salas, y oratorios*, me han hecho sonreír largo tiempo, á la luz siempre de aurora del cielo del arte, primavera eterna de las almas que para el arte hemos nacido.

»Y la repetida lectura de tu carta autógrafa y de tus dos opúsculos, *Roger Kinsey* y *Don Pedro Yuste de la Torre*, me ha llevado el día, cuya luz última aprovecho para escribirte ésta y concluirla enviándote un apretado abrazo, mi pésame por lo de que ya no hay para qué hablar (que sólo los tontos creen consolar con palabras banales y falsas de una educación hipócrita, que á nadie engaña) y mi bendición y grati-

(1) No llegó Zorrilla á realizar dicha oferta.

tud por el cariño con que me escribes, la nobleza con que perdonas mi largo silencio, que podría haberte parecido olvidado, y la prueba que me das con tu carta de que aun tiene un amigo legítimo tu j..... viejo que te quiere.

PEPE ZORRILLA.»

«P. D. *El Rey D. Pedro, La Emperatriz Teodora, El Judío errante*, y mis otros personajes, duermen en un cajón por desánimo y falta de medios de publicación. Si salgo y me desenredo de un mal negocio en que estoy metido por trabacuentas del pasado trimestre, es posible que con la fuerza de voluntad que hasta ahora no me había abandonado, evoque uno de estos muertos y..... ¿quién sabe?

PEPE.»



Tales eran los sinsabores y disgustos que amargaron los últimos años de Zorrilla. Por eso repetía que estaba pronto á cambiar quintales de fama y renombre, por libras de tranquilidad y ventura. Y esto lo manifestaba con tal sencillez y tan buena fe, que sus lágrimas hacían correr las del amigo que lo escuchaba.

Claro es que las frases lisonjeras con que Zorrilla me favorecía en sus epístolas las tomo á beneficio del inventario de su buenísima y candorosa amistad. Lo propio debo decir del capricho que tuvo al ingertar mi antipoético apellido en algunas estrofas de su composición intitulada JEREZ, que publicaron *El Liberal* (Madrid, 18 de Marzo de 1892) y otros periódicos, y que decían así:

.....
 ¿No temes que se ofendan y con razón te acusen
 De descortés, de inducto, de desleal tal vez,
 Los que en juzgar tu Cádiz y su intención se intrusen
 Por dos tan grandes pifias que nos parecen diez?
 Por no mentar en Cádiz al buen doctor Thebussem,
 Y dar al del Priorato más precio que al Jerez.

.....
 Él todo se lo ha dicho, ya no hay por qué me acusen
 Más que de haber andado tal vez de educación
 Un poco falto, es cierto, con el doctor Thebussem,
 Modelo de hidalgua, de fe y de erudición.
 Pero esa es mi disculpa: él es de Cádiz, sabe
 De su provincia todo: con él en parangón
 No hay quien se ponga; y sólo á mi aspirar me cabe
 Á que mis versos gárrulos merezcan su sanción.

Manifestándole yo al poeta si pretendía enmendar la plana á Bretón de los Herreros, que halló consonantes nada menos que á *Metternich* y *Paul de Kock*, me contestó con la salida de pavana de que, como académico, lo que había querido era fijar la pronunciación grave de la voz *Thebussem*, cargando el acento en su penúltima sílaba!!



De palabra en palabra, y tratándose de Zorrilla, ocurreme decir algunas tocantes á la *celebridad*, ya que en cierto modo es sinónima de *Zorrilla*. Los críticos nos han explicado por activa, por pasiva, por masculino, femenino, neutro, común de dos, epiceno y ambiguo (por ambiguo sobre todo, y á *posteriori* por supuesto), los justos motivos que abonan

la fama de Zorrilla; pero quizá no se han extendido y explicado lo que debieran en la índole especial y única hasta hoy de semejante popularidad, que, sin degenerar en cursi popularidad, alcanza á todas las capas sociales, infiltrándose en palacios, academias, casinos, parlamentos, chancillerías, bolsas de comercio, bancos, congregaciones religiosas, cuarteles, fábricas, cabañas, plazas de toros, garitos, tabernas, cárceles y presidios. Zorrilla alcanzó una de las cosas que, según Don Quijote, más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, ó sea la de verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa, pues así andaba á pesar de las envidias y de las tristezas que lo afligían.

Separémonos del círculo de los eruditos. Entre ellos se conoce á quien haya publicado cualquier novela ó colección de poesías, porque allí penetra fácilmente la fama de un autor. Hagamos una excursión al ancho campo de los ignorantes, de los labriegos, de la plebe y de la gente ajena á la literatura, y resultará que en la masada y en la buhardilla citan á Quevedo como autor de chistosas ocurrencias, pero no dan razón de quién escribió *El sueño de las calaveras*, *El cuento de cuentos* y *El libro de todas las cosas*. En cambio, si ignoran el nombre de Cervantes, tienen grandes noticias de *Don Quijote de la Mancha*. Y es que unas veces el autor es más conocido que su libro, y otras el libro más conocido que su autor. La generalidad de los que nombran á Mariana y al Tostado no han visto ni por el forro los escritos del célebre Jesuita ó del fecundo Obispo de Avila.

Bueno será advertir, ya que nombramos al *Quijote*, que no es hoy tan leído en España como vulgarmente se cree. Claro es que se conocen sus principales aventuras, y que nadie, por escasa ilustración que tenga, ignora los molinos de viento, ni los cueros de vino tinto, ni el barco encantado, ni la carreta de las cortes de la muerte, ni menos los nombres de Dulcinea, Sancho, el Cura, el Barbero, Pedro Recio de Tirta, Sansón Carrasco y Ginés de Pasamonte. Pero en cambio pocos saben que D. Antonio Moreno, D. Alvaro Tarfe, D. Lorenzo de Miranda, D. Gaspar de Gregorio, don Pedro Nóriz, D.^a Clara de Viedma, Vicente de la Roca, Pedro Martínez, Tenorio Hernández, Pedro Lobo y otros, son personajes de la famosa novela. De ella se cita de memoria lo de *duelos y quebrantos....., divididos estaban caballeros y escuderos....., algo y aun algos....., la del alba sería....., capítulo por sí merece.....* y no recuerdo si algunas otras palabras.

Difícil es al escritor adquirir fama en un país donde el mayor número de los habitantes no sabe leer, ó no lee por falta de libros y de tiempo. Sin el auxilio del teatro, no sería tan universal el nombre de Zorrilla. Ni aun los más eximios dramaturgos antiguos ó modernos llegaron á oídos de la plebe. Yo mismo, mezclado y confundido con el vulgo, pues me agrada oír sus comentarios y observaciones, escuché en 1879 y 1881, asistiendo al entierro de Adelardo Ayala y al cacareado centenario de Calderón, preguntar á muchas gentes quién era Ayala y quién era Calderón!!!

Hace medio siglo que al célebre *Fray Gerundio* lo recibían en los pueblos con repique de campanas y castillos de fuego, como si fuese un rey ó un arzobispo. Sus famosas *Capilladas*, que vulgarizaron la política, disfrutaban el privilegio exclusivo de ser distribuidas á la hora que llegase el



EN EL CAMPO.—POR J. KOPPAY.



correo, *aun cuando fuera de noche*. Alcanzó este escritor cuanta notoriedad es posible conseguir en España. Sus devotos ponían los diálogos de *Tirabeque* y el *Padre* por encima de los de Don Quijote y Sancho, mientras que sus enemigos rebajaban mucho de tan galana y absurda cuenta. El nombre de D. Modesto Lafuente se cita hoy tan sólo como historiador de España. Su afamado periódico perdió hace tiempo todo su interés y toda su gracia.

Pocas popularidades han llegado á la que alcanzó el general Espartero. Tuvo partidarios que le encendían velas como á santo y que lo adoraban como á fetiche. Al grito de *¡viva Espartero!* se han consumido en la Península millares y millares de botellas de peleón y de aguardiente. En cambio no le faltaron numerosos enemigos, que se burlaban de aquellos discursos parlamentarios en que salían á relucir la *cu-chilla de la ley*, las *plumas del chascás* y el *gabán color de castaña*, ó la famosa muletilla de *cúmplase la voluntad nacional* y la declaración de representar nada menos que al *ángel exterminador de la tiranía!!!*

La tauromaquia es en esta tierra el camino más corto para entrar de rondón en el templo de la gloria. Un par de años de buen toreo alcanzan más que veinte de buen pincel, de buena pluma ó de buenos discursos políticos; del mismo modo que cuatro horas de ferrocarril aventajan á ocho de galera. Costillares, Pepe-Ilo, Pedro Romero, Montes y los buenas maestros que hoy viven, son más conocidos, más famosos y más admirados que la generalidad de nuestras eminencias artísticas, políticas y literarias. Pero á estos mismos lidiadores no les faltan enemigos que hagan mella en su renombre, como tampoco les faltaron en sus mejores tiempos al populachero Riego, al Duque de la Victoria y á D. Modesto Lafuente.

Los adversarios de Zorrilla tienen, tras de ser vergonzantes, la desgracia de que nada han podido contra el poeta: hacen lo que las olas que pretenden destruir y solamente consiguen bañar, refrescar y pulimentar la ingente mole de cabo Espartel. Mientras los tiempos y la moda ejercieron su oficio con la *Pata de cabra*, *Pelayo*, *Trovador*, *Rey monje*, *Carlos segundo*, *Verdades amargas*, *Tanto por ciento* y otras composiciones de altísimo renombre y fama en su época, el *Tenorio*, á despecho de burlas, sátiras y parodias, reverdece y fructifica todos los años en cuantos coliseos tiene España y América. Y como el fenómeno se repite hace medio siglo, sucede que los que vieron el drama siendo niños, llevan ahora á sus nietezuelos para que se admiren de las valentías de *Don Juan*, y se embelesan con la fluidez de los versos, y se asusten con las escenas de los muertos, y se sobrecojan con el ruido del pistoletazo y se emboban con la decoración de la gloria. Y las mujeres más distinguidas y las más ruines, los sabios y los ignorantes, los próceres y la hez del pueblo, los religiosos y los impíos, los liberales y los serviles, todos se complacen y se alborozan con las bravatas de *Don Juan*. Pocos espectáculos hay más encantadores, á mi gusto, que la representación del drama en algún teatro de segundo orden, donde el público sea público y no pertenezca á lo que llaman *sociedad escogida*. Entonces no atiendo al escenario; contemplo tan sólo las caras de aquellos espectadores que sin ficción ni disimulo revelan en semblantes, palabras y movimientos las impresiones que reciben. Hago el cambio de la carátula por la verdad, y de este manantial inagotable

siempre brotan sorpresas, novedades y episodios de tal naturaleza que no es posible inventarlos, y que quizá algún día me muevan á escribir varios renglones sobre los *Reflejos del Tenorio*. Nunca traté de este particular con Zorrilla, pues mi única adulación (lo confieso) consistió en no hablarle ni para bueno ni para malo de su *Don Juan*, sabiendo que le enojaba y molestaba dicho tema.

Si se perdiesen todos los ejemplares de la obra, sería fácil reproducirla con el auxilio de cuantos la saben de memoria y conocen, no sólo á sus principales personajes, sino también á *Ciutti*, *Buttarelli*, *Brigida*, *Lucía*, *Centellas*, *Avellane-da*, etc. En la conversación, en cartas familiares, en discursos políticos y en artículos de periódico, se aplican infinidad de versos de una comedia tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que de ella puede también decirse que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran. No hay por consecuencia necesidad de evacuar las citas de

Á la justicia burlé,
Y á las mujeres vendí....

Desde la princesa altiva
Á la que pesca en ruin barca....

Ha recorrido mi amor
Toda la escala social....

Son pláticas de familia
De las que nunca hice caso....

¡Comendador, que me pierdes!

Llamé al cielo y no me oyó.

No os podéis quejar de mí
Vosotros á quien maté....

Doña Inés del alma mía:
¡Virgen santa, qué principio!

Pon vino al Comendador.

Hombre es Don Juan que, á querer,
Volverá el palacio á hacer
Encima del panteón...., etc., etc., etc.

Todo el mundo sabe que estos versos pertenecen al drama del cual ha dicho, con tanta profundidad como acierto, el insigne Fernánflor, que «el día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llegado á su completa civilización; pero no será España.»



En el carácter de Zorrilla me encantaban la modestia y el olvido de su gloria, de su valer y de su fama. Era la antítesis de Victor Hugo: en el poeta francés todo respiraba jactancia y vanidad: cada palabra suya había de valer como versículo de la Biblia: se juzgaba una especie de Mesías enviado al mundo para restaurar las letras y hacer temblar

á los reyes. El vate castellano fué la personificación de la sencillez y de la humildad. Casi por compromiso, y como á regañá dientes, accedió á que lo coronasen. Cuando de este punto se trataba, decía con encantadora buena fe que en puridad no hubo tal coronación — *porque yo tuve mucho cuidado, y bien lo sabe el Duque de Rivas, de que la corona no me tocara en la cabeza!!!*

De todos modos, y tocárale ó no la corona en la cabeza, la espléndida y fastuosa ceremonia de Granada fué el obsequio que el pueblo y el monarca tributaban en vida al poeta, y que luego corroboraron el monarca y el pueblo ante los restos del insigne vate. Á nadie se le antojó preguntar en la fúnebre ceremonia quién era Zorrilla. Todos, aunque no lo sabían expresar, sabían sentir con Emilio Ferrari que

Era de aquella raza de gigantes
Que trajo el siglo en su feliz comienzo,
Genios sublimes y ánimos constantes
Que dejaron sus huellas palpitantes
En el libro, en el mármol y en el lienzo.

Nadie ignoraba que Zorrilla era un celeberrimo poeta que no hizo coplas ni á la libertad ni al despotismo; que convirtió en cursis y empalagosos á todos sus imitadores; que no se mezcló en asuntos políticos, y á quien, si no le ocurrió jamás descender á senador ó diputado, hubo sí de honrar á la *Academia Española* y á la Cruz de Carlos III. Y digo esto en el sentido de que ni Larra ni Balzac perdieron nada con no ser académicos, ni Quevedo y Velázquez acrecentaron su gloria por llevar en los pechos la cruz de Santiago.



Trátase hoy de erigir un monumento á D. José Zorrilla, no sólo famoso poeta, sino el más famoso de los poetas espa-

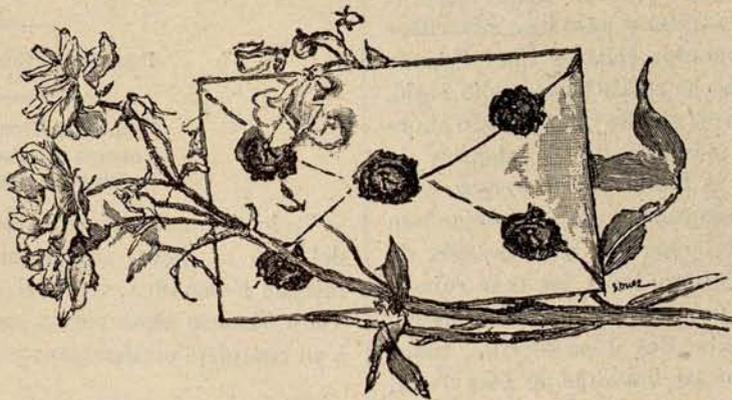
ñoles del presente siglo, según lo califica el ilustre académico Marqués de Valmar.

En la circular donde Menéndez y Pelayo trata de dicho asunto, dice que el trofeo se levantará «en la plaza pública, á la luz radiante del sol, en mármol ó en bronce, y por unánime concurso y decreto de los ciudadanos, desde los más humildes hasta los más encumbrados, desde los sabios hasta los indoctos..... No será una corporación, una colectividad, una escuela, un partido, un establecimiento oficial, una institución privada quien levante este monumento á la poesía española. España entera será, y con ella las naciones que ella trajo á la civilización, y en quienes persisten su sangre, su lengua y su espíritu.»

El bizarro y elocuente escrito del sin par Menéndez y Pelayo es digno de la fama del sin par Zorrilla. Si el monumento artístico corresponde (que sí corresponderá) á los verdaderos y justos deseos de la galana invitación que inicia la idea, tendrá el cantor de Granada el mejor que á poeta alguno se haya erigido en el mundo. Pero si al lujoso trofeo de mármol y bronce que dará á conocer al hombre por *fuera*, se quiere unir el de papel y tinta que nos lo muestre por *dentro*, ninguno, á mi juicio, más útil, curioso y apropiado que el libro en cuyas páginas se impriman cuantas misivas puedan hallarse del eximio poeta, dirigidas á sus parientes, á sus amigos y á sus relacionados. El EPISTOLARIO DE ZORRILLA enseñará á las gentes que la bondad de su corazón corría parejas con la alteza de su numen, y que las coronas de oro y de laurel que recibió en vida, no lo relevaron de las penas y amarguras que tanto abundan en este valle de lágrimas.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia: año de Mdcxcxciii.



GAITA Y SERMÓN

Á MIS AMIGOS DEL CENTRO DE ASTURIANOS DE LA HABANA

I.

Por la orilla del Nalón
Y en un burro matalón
Camina el Padre Tadeo,
Arremangado el manteo
Y calado el *canalón*.

Festeja Valdepomar
Á Santa Rita bendita,
Y el alcalde del lugar
Le ha llamado á predicar
El sermón de Santa Rita.

Va el Padre muy abstraído,
Sin temor á los retozos
Del pobre burro aburrido,
Mascullando algunos trozos
Del sermón que se ha aprendido.

Al tomar por un sendero
Que espeso zarzal señala,
Se le une de compañero
De marcha *Pin el Gaitero*,
Que va vestido de gala.

— Buenas tardes, señor cura.
— Buenas tardes nos dé Dios,
Dice el Padre con finura.

— ¿Iremos, se me figura,
Al mismo pueblo los dos?

— Yo voy á Valdepomar.
— Yo también voy á tocar
Esta noche en la *foguera*.

¡ Buen sermón va usted á soltar!
¡ Lo mismo que si lo oyera!

— Hombre, gracias.

— ¡ Ya lo creo!

¿ No es usted el Padre Tadeo?

— El mismo.

— ¡ Yo bien decía!

¡ Si ya le oí á usted el día



De la Virgen en Langreo!
 ¡Si tengo yo muy presente
 Aquel sermón! ¡De qué modo
 Pintó el infierno á la gente!
 ¡Si se veía talmente
 Al diablo con rabo y todo!.....
 —No, no tanto.

—Sí, señor.

Le juro á usted, á fe de *Pin*,
 Que no hay un predicador
 Que hable más claro y mejor
 Y que sepa más latín.
 ¡Lo que es en Valdepomar
 Ya saben lo que han buscado,
 Y usted ya se hará pagar!
 —Hombre, nada hemos tratado
 Sobre ese particular.

Me escribieron: «Venga usted»,
 Y yo les dije: «Allá iré.»

—Yo hago tratos más seguros.

Con el alcalde ajusté
 Mi trabajo en doce duros.

—¡No está mal! ¡Bien se portó
 El alcalde!

—No me quejo;

Pero sepa usted que no
 Se encuentra en todo el concejo
 Un gaitero como yo.

Sé tocar una *alborada*
 Que no miento si le digo
 Que no la hay más afinada;
 Y en una misa cantada
 No hay quien se meta conmigo.

Verá usted. Voy á tocar
 Y así podrá usted juzgar.....

—¡No! ¡no! Muchas gracias, *Pin*.
 El burro no es *espantín*,
 Pero se puede asustar.

—Bueno, bien; como usted quiera.

—¿Falta aun mucho camino?

—¡Quiá! ¡Ni una hora siquiera!

En pasando aquel molino
 Tomamos la carretera.

—
 El uno del otro al lado
 Y en amistoso palique,
 Llegan al pueblo citado
 El Padre cura montado
 Y el gaitero de espolique.

Apenas los ven llegar,
 Los reciben con tambor
 El alcalde del lugar,
 Y el cura y el coadjutor
 Y todo Valdepomar.

¡Qué alborozo! ¡qué alegría!

—«¡Que viva *Pin el Gaitero!*»

Toda la gente decía;
 Y era el alcalde el primero
 Que los vivos repetía.

Y hay que decir, en honor
 De la verdad, que en tal paso
 Sufrió el cura con rubor
 Que apenas hicieran caso
 Del Padre predicador.

II.

En el amplio castañar
 Donde la gente venera
 A su santa tutelar,
 Celebra Valdepomar
 La renombrada *foguera*.

Hay bombas y *voladores*;
 Farolillos de colores
 Decoran la vieja ermita,
 Y en el fondo Santa Rita
 Brilla entre luces y flores.

¡Cuánta gente! ¡Qué expansión!
 ¡Qué voces! ¡Qué animación!
 ¡Qué mezcrolanza tan rara
 De bulliciosa algazara
 Y cristiana devoción!

Se abre de sidra un tonel,
 Y allá acuden en tropel
 Los bebedores no escasos;
 Y hay quien se bebe cien vasos
 ¡Y aun se queda á media miel!

Todos comen, beben, juegan.....
 Aquí unos chicos se pegan
 Y caen rodando al suelo,
 Y allá los mozos se entregan
 Al alegre *xiringüelo*.

Dirige *Pin*, animoso,
 Este baile cadencioso.....
 Le oye el público extasiado,
 Y está el alcalde orgulloso
 Con haberle contratado.

Renueva la confitera
 Cien veces su mercancía,
 Y pronto la avellanera
 Muestra su cesta vacía
 Apoyada en la cadera.

Los de la *danza* aprisionan
 En el centro á los curiosos,
 Y más y más se eslabonan,
 Y en dulces cantos entonan
 Historias de héroes famosos.....

Se oye allá abajo, en la fuente,
 Cantar monótonamente
 «*La bendita Magdalena*»,
 Y hay *picucú!* que resuena
 En las montañas de enfrente.

Al fin, la gente cansada
 Va abandonando la ermita,
 Y casi de madrugada
 Termina la renombrada
Foguera de Santa Rita.

III.

Son las diez.—Ya va á empezar
La fiesta, y honrando á Dios
Los vecinos del lugar,
Lucen este día los
Trapitos de cristianar.

Se oye en el templo el zumbido
De los monótonos rezos;
Y como nadie ha dormido,
Interrumpe algún ronquido
El rumor de los bostezos.

Fuera, la gente impaciente
Sólo aguarda la función;
Y no siendo suficiente
La ermita para la gente
Que quiere oír el sermón,

En el castañar frondoso,
Y atado al tronco rugoso
Del árbol más corpulento,
Alzó un vecino mañoso
Un púlpito en un momento.

Suena la alegre campana;
Disparan en la quintana
Cohetes de dinamita,
¡Y retiembla Santa Rita
En la insegura peana!



T. Ponce Pinpedro,
Artista 93

Ya sale la procesión,
Y en correcta formación
Va siguiendo el derrotero
Que marca *Pin el Gaitero*,
Que va al lado del pendón.

Llegan al sitio fijado;
Queda el séquito parado;
Termina el triunfal paseo,
Y sube el Padre Tadeo
Al púlpito improvisado.

Con voz unas veces grave
Y otras melodiosa y suave
—Como exige la oratoria—
Habla como aquel que sabe....
Que tiene buena memoria.

Mas ¡ay! tanto se ha extendido,
Que apenas hay ya quien pueda
Prestar atención, ni oído,
¡Y hasta el alcalde se queda
Profundamente dormido!

Termina al fin el sermón;
Da vuelta la procesión
Por la ruta ya marcada;
Sigue la misa cantada,
¡Y se acaba la función!

—¿Qué tal el sermón? decía
Uno que tarde acudía;
Y respondió una devota
Que ella, la verdad, no había
Comprendido ni una jota.

Sin embargo, el coadjutor,
Que presume de orador,
Afirmaba sin dudar
Que aquel sermón fué el mejor
Que se oyó en Valdepomar.

IV.

Al terminar la anunciada
Comida, en que hubo *fabada*,
Y truchas en escabeche,
Y pollos y carne asada,
Y jamón y arroz con leche,

El alcalde, entre el mareo
Y la angustia del empacho,
Dijo:—Es tarde, y yo deseo
Que *Pin* y el Padre Tadeo
Pasen conmigo al despacho.

Y añadió, abriendo un cajón:
—Estos doce duros son
De *Pin*.

—Gracias.

—No hay de qué.

Y, Padre, aquí tiene usted
Seis duros por el sermón.

¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Los dos muy bien se portaron
Y está contenta la gente.
(Y el Padre y *Pin* se miraron
Significativamente.)

Guardáronse su dinero;
Y viendo el Padre—¡oh rubor!—
Que aquel alcalde grosero
Pagaba más á un gaitero
Que á todo un predicador,
Despídese amable y fino

De los que á la mesa estaban,
Y cejijunto y mohino
Baja á montar el pollino
Que á la puerta le ensillaban.

Con él bajan sin tardar,
Pues le quieren despedir;
Y le ayudan á montar,
Y á punto ya de marchar
Vuelve el alcalde á decir:

—Mande usted, si le conviene.
Ya sabe usted que aquí tiene
Un pueblo para un apuro.
Conque, hasta el año que viene,
Que vendrá usted, de seguro.

—¿No he de venir? ¡Sí, señor!
(Contestó el Padre, chancero.)
¡Mas no de predicador!

—¿Cómo?

—¡Vendré de gaitero
Y saldré mucho mejor!

VITAL AZA.

Mieres (Asturias), 1893.



LA BARCA DE MARLOT.—CUADRO DE A. MINET.

EL DRAMA DE LUIS



DÓNDE vas tan de mañana, amigo Jiménez?.....

—Vente conmigo y lo sabrás.

Y como no tenía cosa urgente que hacer, acompañé á mi amigo desde la Fuerta del Sol, donde le había encontrado, hasta la parroquia de San José, en la calle de Alcalá, donde entramos. En el vestibulo del templo le pregunté: —¿Qué vienes á hacer aquí en día de trabajo?.....

—Vengo á oír misa, y supongo que me acompañarás.

—De muy buena gana.

Penetramos en la iglesia: mi amigo dirigióse á la sacristía, y le seguí.

Habló con un sacerdote que estaba revistiéndose para celebrar el Santo Sacrificio, y luego salimos. Á poco, el sacerdote comenzó la misa en uno de los altares laterales. Jiménez la oyó arrodillado con la mayor devoción. Cuando terminó la misa, Jiménez me dijo:

—Esperemos que salga de la sacristía el señor cura, que tengo que darle la limosna acostumbrada.

No tuvimos mucho que esperar. Salió el anciano clérigo, Jiménez le dió un duro, se despidió de él afectuosamente y salimos á la calle.

—¿Es hoy—le pregunté—aniversario de la muerte de alguna persona de tu familia?.....

—De la muerte de un amigo muy desgraciado. Hace diez años que murió, y mientras yo viva no le olvidaré ni perderé la costumbre de oír en este día 13 de Abril una misa en sufragio de su alma. Tú no le conociste, me parece; en aquella época estabas ausente de Madrid.

—Es verdad. Cuéntame la historia de tu amigo, que creo ha de interesarme.

—Si te interesará. Si le hubieses conocido, te habría sido sumamente simpático por sus hermosas prendas..... Vamos á dar un paseo por el Retiro, y te contaré la historia del

pobre Luis González y González. Era hijo de un abogado muy honrado de Sevilla, que murió joven aún, sin dejar á su viuda y á su hijo más fortuna que la propiedad de una casa en una calle próxima á la Alameda de Hércules. El padre fué muy mi amigo, y me había nombrado su testamento. Las operaciones de la testamentaria fueron cosa por demás sencilla; la herencia era cortísima: unos cinco mil duros que valía la casa, libros de derecho, varios cuadros y algunas alhajillas de escaso valor. Fui á Sevilla con este motivo, y conocí á Luis, un muchacho de veintitrés años, guapísimo, de carácter dulce y candoroso, que adoraba á su madre, buenísima señora que lloraba inconsolable su desgracia, y habría muerto de pena si no hubiese tenido un hijo tan bueno como Luis. Éste había seguido la misma carrera de su padre, pero con poca afición, con lo que aquel excelente amigo mío vivió muy contrariado los últimos años. Luis había dado en poeta, y escribía versos con suma facilidad, versos que sonaban muy bien al oído y le valían grandes éxitos en las tertulias á que asistía, donde los recitaba á petición de solteronas no resignadas todavía, viudas sentimentales y señoritas cursis. La pobre madre participaba de este entusiasmo, y sentía que su marido no se holgara, como ella, de que Luis *hubiera nacido poeta*, frase que oía repetir á los admiradores de su hijo. El padre, con su recto buen sentido, comprendía que Luis, con toda aquella hojarasca de sus ampulosos versos, no iría á ninguna parte, y sonreía amarga y desdeñosamente cuando le decían que el muchacho iba á ser otro Calderón de la Barca. Hombre de exquisito gusto literario, mi amigo comprendía perfectamente que su hijo, si no tenía otro modo de vivir que el cultivo de las letras, viviría malamente.

Diez meses después de la muerte de mi pobre amigo, Luis me comunicó su resolución de venir á Madrid con su madre, con objeto de consagrarse á la literatura. En un certamen poético celebrado por una sociedad de Puerto Real, había sido premiada su *Oda al amor*, adjudicándole la flor natural, y me enviaba un ejemplar lujosamente impreso con portada de vistosas letras de purpurina. Á los pocos días tuve el gusto de recibir á la viuda y al hijo de mi amigo, que se instalaron en un modesto y alegre cuartito tercero,

con entresuelo, del barrio de Salamanca. Luis quería mucha luz, mucho sol, mucho espacio, y para lograr estas ventajas no había cosa mejor que la extremada altura de aquel piso, desde cuyas ventanas disfrutaba la vista extenso, ya que no hermoso, panorama. Doña Dolores y su hijo habían vendido en cuatro mil duros la casita de Sevilla, y, en lo que les quisieron dar, la biblioteca de mi amigo; y con esto y con lo que Luis ganaría escribiendo, imaginaban que podrían vivir muy decentemente. No había que dudar que lo que Luis escribía era bueno; lo comprobaba el premio obtenido por su oda. Los juzgadores no sabían que él era el autor; por consiguiente, habían otorgado aquel galardón con la más absoluta independencia y por unanimidad, atendiendo sólo al mérito superior de la obra. Y eso que, lo sabía Luis, habían tomado parte en el certamen escritores de larga carrera y muy bien reputados de Sevilla, de Cádiz y de Madrid, pues nada menos que sesenta *Odas al amor* se presentaron en demanda del premio de la flor natural..... ¿Cómo serían las otras cincuenta y nueve?.....

No me atreví á hacer observación alguna que hubiera podido molestar al poeta y á su madre; pero no pude menos de experimentar un sentimiento de profunda conmiseración ante aquellos dos seres tan buenos y tan cándidos, enamorados de la gloria, de esa gloria cruel que muy pocos alcanzan en este mundo, y cuando la alcanzan han sufrido ya tales amarguras y penalidades, que más que la gloria les parece grata y envidiable la obscuridad en que vive el vulgo de los mortales.

Luis traía en la maleta poesías bastantes para hacer un par de tomos, pero no publicaría más que uno por lo pronto. Al efecto se proponía ver á los editores más nombrados, entre los cuales, á no dudar, encontraría quien quisiera publicar la obra por su cuenta. Él no sería exigente; aunque poeta ya laureado, no podía tener muchas pretensiones. Lo importante era que el libro se publicase. Además, traía el plan de un drama, es decir, traía muchos proyectos de obras teatrales, pero el plan del drama lo traía completamente acabado, y no había que hacer más que dialogar las escenas, lo más fácil del mundo para él, que le salían las redondillas de la cabeza sin el menor trabajo.

Medio año llevaban en Madrid la madre y el hijo, y éste no había encontrado editor para su tomo de versos. Todos le decían que los versos, aun de autores de gran renombre, se venden en este país poco, y no se atrevían, por consiguiente, á acometer la empresa de publicarle los suyos. Luis tuvo una idea feliz. ¿Por qué no había de publicar él su tomo? Bien sabía que tendría que gastar una cantidad relativamente considerable, pero todo el beneficio sería para él. La edición, ya se había enterado del coste, cuatrocientos duros dos mil ejemplares de 300 páginas, en papel riquísimo, con grandes márgenes, caracteres elzevirianos, iniciales de adorno en cada composición, portada á cuatro tintas....., en fin, un libro que sólo por lo bonito daría gana de comprarlo; 2.000 pesetas de coste, y 2.000 duros de producto, poniendo el ejemplar á 5 pesetas. De estos 2.000 duros descontaría un 25 por 100 de comisión á los libreros, quebranto de giro, tomos regalados, etc., etc. Quedábale, pues, una ganancia líquida de 5.500 pesetas. Como primer negocio, no era malo.

La pobre madre, á quien expuso el proyecto de publica-

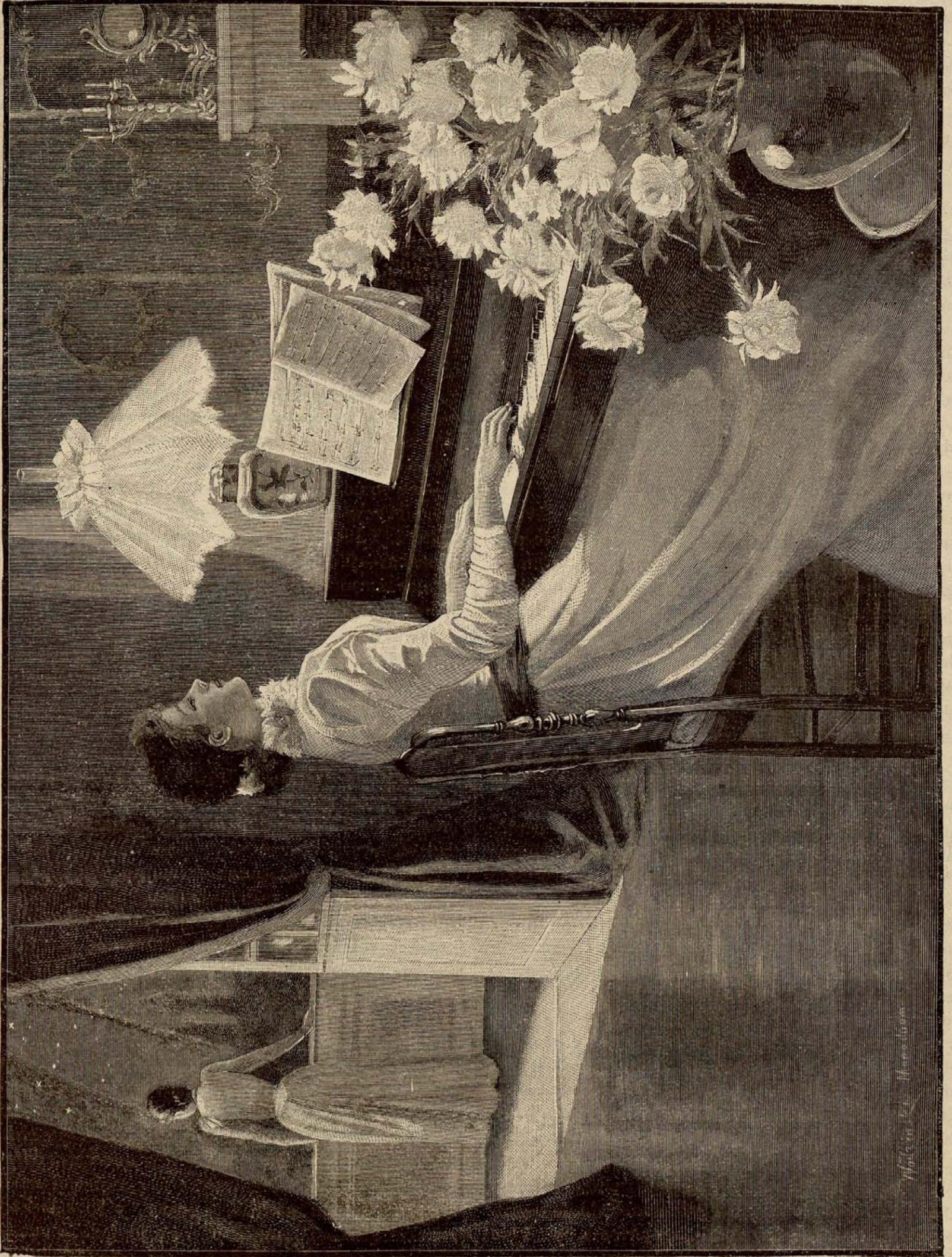
ción de su libro, lo encontró superior, y le animó á realizarlo. ¿Qué entendía de todo aquello la desventurada? El libro se imprimió, y Luis mismo llevó ejemplares á los periódicos, y vió á los libreros para saber cuántos ejemplares querían. El que más ejemplares quiso le pidió doce en comisión con el 25 por 100 de descuento. A fin del año haría la liquidación. Puso anuncios en los periódicos, con las señas del domicilio del autor, á quien se dirigirían los pedidos, acompañando letras de fácil cobro ó libranzas del Giro mutuo. De ninguna parte vino pedido alguno, ni siquiera de Puerto Real, donde el autor había sido premiado con la flor natural. En los periódicos se publicó algún breve sueltecillo por estilo de éste:

«Hemos recibido un ejemplar de la colección de poesías que ha publicado D. Luis González con el título *Inspiraciones del alma*. La edición es primorosa, y honra al establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra». El autor es un opulento joven aficionado á la poesía, que ha obtenido algún premio en público certamen, según hace constar el mismo en la portada de su libro.»

El desengaño de Luis fué dolorosísimo, terrible. Al fin del año recorrió las librerías para liquidar la cuenta. Todos los libreros, menos uno, le devolvieron el paquete que les había dejado. El que no le devolvió los 12 que había recibido le entregó 10, y 30 reales, y le dijo: «Y le advierto á usted que los dos que faltan no los he vendido, porque tengo muy buena memoria, apunto diariamente las obras que vendo, y no recuerdo que nadie me haya pedido ese libro. Sin duda se los llevó un dependiente infiel que tuve, y que se llevó también otros. Pero, en fin, yo soy un hombre de bien, y ahí van los 30 reales, y Dios se los cobre á quien me quitó los ejemplares.»

Luis estaba desesperado y enfermo. Traía una vida muy agitada. Concurría á los teatros y procuraba introducirse en la sociedad de la gente de letras y de los artistas. Habíase hecho amigo de un autor cómico que escribía por veinte ó treinta duros una comedia, y se los gastaba alegremente en cuanto los cobraba. Este ingenio extraviado le hizo conocer á dos ó tres actores que casi siempre estaban sin ajuste, y sólo en la segunda quincena de Octubre y primera de Noviembre desaparecían de la calle de Sevilla para ir á hacer el *Tenorio* por esos pueblos de Castilla. Estos cómicos y aquel autor á quienes Luis convidaba frecuentemente á comer en Fornos, lujo que ellos sólo se permitían cuando otro pagaba, le estaban muy agradecidos, y ya que no podían devolverle de otra manera el obsequio que frecuentemente les hacía, correspondían á sus favores con hiperbólicos elogios á su peregrino talento, y le hacían recitar sus composiciones poéticas para mostrarse entusiasmados ante las singulares bellezas que en ellas encontraban, y estimulábanle á lanzarse á escribir para el teatro, asegurándole un éxito colosal cuando se representase el drama cuyo argumento les había contado..... Sobraba esto para trastornar el juicio á un visionario como Luis.

Ya no se acordaba siquiera del fracaso de su magnífico tomo de poesías. Cuando se representara el drama con el éxito que personas tan inteligentes como sus amigos le aseguraban, el público arrebataría de las librerías el tomo de versos de tan aplaudido y celebrado autor. Y se consagró con ardor á su drama. Las noches enteras las pasaba escri-



NOCTURNO.—CUADRO DE WODZINSKI.

Wodzinski

biendo su drama, excitándose, por consejo de aquel otro autor tronera, con mucho café y ron..... Por este procedimiento no le faltaba nunca la inspiración; lo que le faltaba era la salud..... Siempre fué pobre su naturaleza, y el insomnio y los excitantes y el desorden en las comidas destruían rápidamente las pocas fuerzas que le quedaban.

Cuando terminó su drama ya había sufrido una merma de importancia el exiguo capital que habían traído á Madrid la madre y el hijo. Por fortuna, ya estaba concluída la obra, y en cuanto se la representaran podría reponerse de lo perdido, y también se repondría de salud, que era cada vez más precaria. Su pobre madre alarmábase mucho viendo que Luis tenía fiebre constantemente y el semblante cadavérico, pero él se reía de las aprensiones de su madre. Su calentura era consecuencia del esfuerzo de la producción poética, y la fatiga que experimentaba no tenía nada de particular..... «Los escritores, decía, sufrimos mucho intelectualmente, y este sufrimiento se manifiesta también en lo físico, pero es una enfermedad que la cura el triunfo. En cuanto yo lo obtenga, ya verás cómo tengo buen color y hasta puede que engorde como un ser vulgar. Hasta entonces déjame sufrir, que es un sufrimiento grato el mío; déjame soñar, déjame saborear esta fiebre bendita que ha de llevarme á la gloria.»

Así discurría el pobre Luis, que en medio de su devoradora calentura saboreaba con deleite el incomparable placer de la esperanza, de la seguridad del triunfo. Con su drama en la mano visitó á escritores conocidos, á notables actores y empresarios, y tantas veces lo leyó que hubiera podido recitarlo de memoria. Ninguno le dijo que el drama era malo: todo lo contrario le dijeron, y si uno le hizo alguna observación no la estimó acertada, porque los demás le aseguraban que la obra era buena y no tenía defecto.

Pero representarla era lo difícil. Un empresario tenía muchas obras, y no podría ponerla en escena en mucho tiempo; otro había experimentado pérdidas estrenando cuatro obras nuevas que fracasaron, y no quería estrenar nada más en aquella temporada. Otro no tenía la dama de carácter de su compañía todo el carácter que exigía el papel que había de hacer en el drama. Un actor eminente tuvo trece meses el drama sin leerlo ni devolverlo. Dijole al fin que lo pondría en escena, y á los ocho días firmó un contrato para América y se largó allá.

En estas alternativas de esperanzas y desalientos, el pobre Luis enfermaba gravísimamente. Ya había consumido casi todo el dinero que trajo: si fracasaba en su empeño de triunfar en la escena, habría llevado á su madre á la miseria, y él tendría que buscar una ocupación humilde con que pudieran comer los dos, y habría de renunciar á la gloria literaria, al sueño de su vida. Mejor era morir.

Un día volvió loco de alegría á casa y abrazó tiernamente á su madre. Su drama había sido admitido y lo iban á sacar de papeles. Había subido tan apresurado la escalera que apenas podía hablar. No bien había acabado de comunicar á su madre aquella feliz noticia, un torrente de sangre vino á su boca..... y como muerto cayó sobre una butaca. Acudió el médico, y después que el enfermo estuvo en el lecho y recetó lo que creía conveniente, dijo á la madre, cumpliendo su triste deber profesional, que estaba el desgraciado Luis muy gravemente enfermo. Fui llamado por

aquella infeliz y me instalé en la casa. Debía este sacrificio á la amistad con que me honró el padre del enfermo. Éste no se manifestaba alarmado: decía que aquel vómito de sangre le había hecho mucho bien....., y hablaba de su drama, del reparto que se iba á hacer, del gran talento de la dama, de lo bien que haría su parte el galán de la compañía, y del rumbo del empresario, que había ofrecido pintar una decoración nueva de jardín, con una escalinata practicable, alumbrada por la luna.

El día siguiente, después de una noche de penoso delirio, cuando creímos su madre y yo que reposaba tranquilo, le vimos salir de la alcoba como un espectro, diciendo que tenía que ir al teatro por si había ensayo. No hubiéramos podido convencerle de su locura; pero otro vómito de sangre le postró, y pudimos llevarle á la cama. El médico le prohibió en absoluto vestirse y salir de casa, y al marcharse me dijo: «No vivirá dos semanas. Estamos á 28 hoy: no llega al 15 del mes que viene. Es una lástima, pero la ciencia es impotente contra esa horrible enfermedad.»

No encuentro manera de expresar la desesperación del pobre Luis ante la imposibilidad de salir de casa. Su aflicción me llegaba al alma, y me costaba mucho contemplarle y contener las lágrimas que invadían mis ojos.

—Si yo no voy, no harán el drama ó lo ensayarán mal, y luego lo representarán mal—decía Luis con una profunda tristeza. Y luego se desesperaba, maldecía su suerte, y exclamaba:—¡Yo quiero ir, aunque me muera!—Y después le oíamos murmurar:—¡Dios mío, no quiero morir hasta que se haga mi drama!

Era preciso tranquilizarle; era obra de caridad endulzar los últimos días del pobre Luis, todo corazón, todo bondad y ternura. Pero ¿cómo?..... En las largas horas que velaba junto á su lecho, discurrí la única manera de hacerle soportables los días que tardaría en morir. Era preciso enganarle.

—Luis, le dije, el médico asegura que la quietud del cuerpo y del espíritu es el mejor remedio para que recobres la salud. Si continúas en esa agitación, en esa ansiedad en que te hemos visto estos días, no hay remedio para ti. Si tienes confianza en mí, te voy á proponer una cosa. Permite que yo me encargue de tu drama, que ya se está ensayando.....—«¿Si? preguntó, sentándose en la cama, sacudiendo las ropas, mirándome con una alegría que hacía daño.....—Sí, querido Luis; y yo, que conozco el drama, como sabes, me propongo asistir á los ensayos y darte cuenta luego del efecto que me produzca y de las observaciones que hagan los cómicos y de las que yo les haga. En tanto, muy tranquilo tú atiendes á tu salud, cuidado amorosamente por tu madre y por una hermana de Nuestra Señora de la Esperanza, que va á venir desde hoy. Esto haremos por tu bien, y confiando en que tendrás juicio y cumplirás la palabra solemne que vas á darme de no intentar levantarte mientras no lo permita el médico.» En todo convino mi querido enfermo, y Dios le inspiró una hermosa idea.—«Convenido, me dijo, todo lo que usted me propone. Si usted cuida de mi obra, estoy tranquilo. Y para estar más tranquilo todavía y por si el médico se equivoca y yo me muero, deseo confesarme y recibir los Sacramentos.»

Y Jiménez tuvo que enjugarse las lágrimas al llegar á este punto de su narración.

—Recibió el desgraciado los Santos Sacramentos una hora después, y yo le dejé al cuidado de su madre para ir al ensayo. No había tal ensayo. El empresario había prometido hacer la obra de Luis, pero antes había de poner otras. Acaso lo prometió sin ánimo de cumplir su promesa. Todos los días salía yo *para ir al ensayo*, y á las cuatro horas volvía, y le contaba lo que había pasado. La dama estaba muy encariñada con su papel de *Violante*. Había dicho muy bien la escena del tercer acto con el marido, cuando éste descubría que *Violante* había bordado en su ausencia una banda para que la luciera *Manrique* en el torneo. La aparición de este *Manrique* en el momento de ir el marido á ahogar á su mujer con la banda bordada para aquél era de grandísimo efecto, y otros autores que estaban en el ensayo no habían podido menos de aplaudir, y uno de ellos había dicho: «Quien escribe esto no es un principiante, es un maestrazo.» Luis oía con arrobamiento estas mentiras, me estrechaba la mano con la suya sudorosa, y llamaba á su madre para besarla y decirle mil ternezas y porque oyera lo que yo contaba acerca del drama. Parecía á veces que Luis mejoraba, pero el médico mantenía su fatal pronóstico. Yo le confié la superchería de que me valía, y me dijo: «Desgraciadamente, no sabrá que usted le engaña. Luis no vivirá el 15 de este mes.» No solía equivocarse aquel médico. El día 10 Luis estaba muy animado; contaba con que dentro de dos ó tres podría levantarse, y en cuanto se estrenara su drama iría á pasar la convalecencia en Sevilla. Estaba sentado en la cama porque no podía estar acostado, y quería que se abriera la ventana para respirar con desahogo y ver las nubes que formaban mil caprichosas figuras.... El médico me dijo: «El fin se acerca. Le estoy haciendo una vida artificial, pero los médicos no podemos hacer esta vida más que muy corto tiempo.» Todo el afán del moribundo era el estreno de su drama. Esta idea le inquietaba profundamente, le hacía sufrir mucho.

El día 11 fui al ensayo como los anteriores, y cuando vine, le dije: «Mañana se pone en escena tu drama.» Gruesas lágrimas salieron de sus ojos abrasados por la calentura, y apretándome la mano, me dijo con apagado acento:—«Jiménez, gracias, gracias por tantas pruebas de afecto. Yo me muero, conozco que me muero: me falta aire; me ahogo.... ¡Pobre madre! Si mi drama gusta, encárguese usted de cobrar los derechos para mi madre.... Conozco que debí seguir mi carrera, y que ha sido una locura soñar con la gloria literaria.... En fin, ya no tiene esto remedio.... Ahora que sepa yo que mi drama ha gustado y moriré tranquilo. No le dejo otra cosa á mi madre que lo que valga esa obra.»

La noche del 12, á la hora de acabar las funciones en los teatros, volví del estreno del drama de Luis. El médico, que, como he dicho, estaba en el secreto, entró conmigo:

«¡Bravo, Luis! le dijo. Anímese usted: el drama ha gustado mucho; ha sido usted llamado á escena y el público no quería creer que está usted enfermo, como dijo el primer actor, y pedía que se le buscara á usted. Hay drama para mucho tiempo. Con que esté usted tranquilo, y á ponerse bueno. Mañana hablarán los periódicos mucho y bien del drama.—¿Es verdad? me preguntó Luis con voz que apenas se percibía.—Sí, Luis, un éxito completo.—¿Me traerá usted mañana algún periódico?—Sí, le contesté.» No había yo previsto que Luis querría leer la crítica de su drama. Á las dos de aquella madrugada iba yo á la redacción del periódico más leído en España, y contaba el caso al director, y le pedía el favor de imprimir en un solo número del día siguiente un suelto en que se diera noticia del éxito del drama de Luis. El amable director, compadecido de la situación del desgraciado escritor, me autorizó á escribir el suelto, y dispuso que se compusiera en las cajas, y luego se tirara un número sólo con aquellas líneas. Todo se hizo con la mayor diligencia.

Á las cinco de la mañana volvía yo á casa de Luis con el número del periódico.

—¿Quieres que te lea lo que dice de tu drama este periódico?—pregunté á Luis, que me miraba con los ojos muy abiertos, pero sin luz, sin vida.—«Sí, sí, me contestó con voz menos perceptible que la noche anterior.»

Y leí los elogios á su obra: que duraría largo tiempo en la escena; que demostraba el gran talento del poeta que la había escrito; que el público había aplaudido unánime todas las escenas de efecto, llamando con entusiasmo al autor al final de todos los actos, y por fin, que el drama quedaría de repertorio y daría á su autor mucho provecho y mucha honra. Luis tomó de mis manos con las suyas temblorosas el periódico, me pidió que le señalara donde estaba el suelto que le había leído, fijó en los renglones los nublados ojos y luego besó el papel, y exclamó: «¡Ahora, ya puedo morir!.... ¡Dios mío!.... ¡La gloria, la gloria!....» Y cerró los ojos, apretando en su mano el periódico.

El médico vino una hora después, y viéndole tranquilo, sonriente, como si durmiera con dulcísimo sueño, nos dijo: «Extínguese su vida sin dolor.... Dentro de quince minutos, Luis habrá ganado la gloria verdadera.»

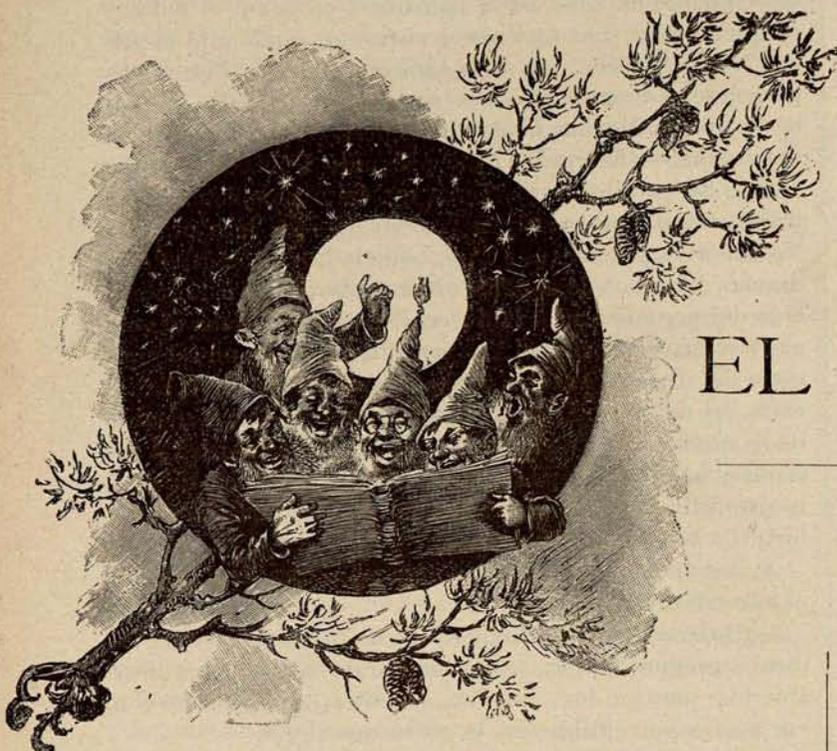
No fué posible abrir la mano del cadáver para quitarle el papel donde había yo escrito aquella mentira que le hizo tan dichoso en la hora de la muerte. Dios me habrá perdonado los embustes con que engañé al moribundo. Todos los años el 13 de Abril pido á Su Divina Majestad por el alma buena del infeliz enamorado de la gloria.

—¿Y la madre?—pregunté á Jiménez.

—Sobrevivió muy poco tiempo á su hijo; tan poco tiempo, que la pobre no llegó á conocer las angustias de la miseria.

CARLOS FRONTAURA.





EL CIELO EN 1894.

SOL.—Las fluctuaciones de la energía solar en el período de máxima actividad que en la época presente atraviesan, continuarán ofreciendo en 1894 singular atractivo, por ser ahora precisamente cuando ha de determinarse la forma general de la curva que representa aquellas fluctuaciones en su tendencia al descenso. El espíritu cultivado que siga con interés las vicisitudes de la inmensa hoguera cuyas radiaciones se transforman en vida y movimiento sobre el planeta que habita, ha de sentir, por consiguiente, inexplicable satisfacción en consagrar sus mejores momentos á un estudio que le permite penetrar en los arcanos de la Creación, y tanto le eleva sobre el común de los mortales.

MERCURIO.—Será estrella de la mañana, mostrándose en las condiciones más favorables para la observación, en los días siguientes: 10 de Abril, 8 de Agosto, 27 de Noviembre; y estrella de la tarde, en los días 25 de Febrero, 22 de Junio, 18 de Octubre. Para nuestro hemisferio, la mejor elongación ó máxima separación del Sol será la del 22 de Junio; y para la América del Sur, la del 18 de Octubre.

VENUS.—Brillará como estrella de la tarde durante la primera mitad del año, ofreciendo su mayor resplandor el 24 de Marzo, y hallándose lo más separado del Sol el 27 de Abril, en cuyo día pasará por el meridiano cerca de tres horas después que el aludido astro.

La duración del movimiento de rotación de Venus, lo propio que de Mercurio, son dos problemas que no han recibido todavía solución satisfactoria; por manera que los aficionados que dispongan de un buen instrumento de cuatro ó cinco pulgadas de abertura, podrán emprender este estudio con la esperanza de contribuir á esclarecer una cuestión que hoy preocupa al mundo sabio. Lo esencial es

aquí cerciorarse de la existencia de alguna mancha que radique indudablemente en el suelo del planeta, y fijar su posición sobre el huso iluminado.

Una observación de este género entrañaría verdadera importancia en otro concepto, por lo excepcional de que sea visible el suelo de Venus, pues de las observaciones polariscópicas que he comunicado á la Academia de Ciencias de Paris (1), resulta definitivamente demostrado que, á excepción de las regiones polares, aquel globo se halla habitualmente envuelto en una densa atmósfera nebulosa, lo cual explica su deslumbradora blancura.

Las observaciones que á este planeta se contraen reclaman condiciones atmosféricas excelentes, en razón de que el extraordinario brillo del astro aumenta el efecto del centelleo, y es preciso, por lo tanto, aun con buen tiempo, observarle en pleno día ó al ponerse el Sol, á fin de que con una altura suficiente sobre el horizonte se aminore ó anule aquel efecto. De lo contrario, es fácil tomar por manchas ó por escabrosidades del círculo terminador lo que sólo son ondulaciones del centelleo, como ha sucedido no pocas veces, originándose de aquí innumerables dibujos de todo punto inexactos.

MARTE.—Desde los primeros días de Junio empezará á dejarse ver durante la segunda mitad de la noche en la constelación de la Ballena, corriéndose en Agosto á la de Piscis, en Septiembre á la de Aries, y retrogradando á la anterior en Octubre. La oposición tendrá efecto á mediados de Octubre, en cuya época su diámetro aparente medirá 26'', cifra algo inferior á la que alcanzó en 1892, por donde es fácil colegir que su examen no podrá ser fructuoso sino empleando instrumentos más potentes que los que manejan por regla general los aficionados.

JÚPITER.—De Enero á Abril se encontrará situado entre las constelaciones de Aries y Tauro, al Sur de las Pleiadas; y de Noviembre á fin de año en la de Géminis, entre las estrellas ϵ y μ . Su oposición ocurrirá el 22 de Di-

(1) *Comptes Rendus* del 27 de Junio de 1892.

ciembre, en cuyo día su altura máxima sobre el horizonte de Madrid será de $72^{\circ} 49'$, poniéndose á $7^{\text{h}} 29^{\text{m}}$ de la mañana siguiente.

Al redactar en Junio de 1892 mi reseña del cielo para el ALMANAQUE del 93, y expresar allí que alguna nueva sorpresa nos tendría preparada el coloso de los orbes planetarios, estaba bien lejos de pensar que aquellas líneas encerrasen una profecía, dado que nada hacía prever un verdadero descubrimiento, como lo es el del quinto satélite del gigantesco planeta, verificado en la noche del 9 de Septiembre último por el sabio Barnard, astrónomo del Observatorio del Monte Hamilton, en California.

El nuevo astro es tan pequeño, que hasta ahora sólo ha podido ser distinguido con el poderoso antejo empleado por Barnard, el mayor del mundo, y con los de los Observatorios de Ealing, Princenton y Dearnborn, ignorándose todavía sus dimensiones reales, si bien ha sido dado estimar que su diámetro no excede de 160 kilómetros. Efectúa en $11^{\text{h}} 57^{\text{m}} 23^{\text{s}}$ su revolución alrededor de Júpiter, de cuyo centro dista, por término medio, 180.000 kilómetros, casi el límite que hace su existencia posible, como satélite, pues el eminente geómetra Roche ha demostrado que á una distancia menor todo cuerpo hubiera sido destrozado por la acción de las mareas del planeta.

Las horas de los eclipses de los satélites clásicos y de los pasos de sus sombras sobre el disco, van indicadas en la adjunta lista. Las sombras recorrerán sensiblemente los trayectos indicados en la figura de Júpiter para el ALMANAQUE de 1892.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

2	Enero	I	á	5 ^h	34 ^m	29 ^s	emersión.
9	»	I	á	7	0	47	em.
16	»	I	á	9	26	40	em.
23	»	I	á	11	22	34	em.
24	»	II	á	9	4	42	inmersión.
»	»	»	á	11	20	1	em.
25	»	I	á	5	51	30	em.
28	»	III	á	5	7	14	in.
»	»	»	á	6	48	44	em.
1	Febrero	I	á	7	47	25	em.
4	»	III	á	9	8	33	in.
»	»	»	á	10	51	8	em.
8	»	I	á	9	43	19	em.
18	»	II	á	6	10	30	in.
»	»	»	á	8	26	38	em.
25	»	II	á	8	46	29	in.
»	»	»	á	11	3	3	em.
3	Marzo	I	á	10	9	50	em.
12	»	I	á	6	24	25	em.
»	»	III	á	7	3	7	em.
11	Noviembre	I	á	9	53	26	in.
15	»	II	á	9	20	34	in.
18	»	I	á	11	47	16	in.
22	»	II	á	11	55	47	in.
25	»	III	á	7	27	52	em.
27	»	I	á	8	9	43	in.
2	Diciembre	III	á	8	50	50	in.

4	Diciembre	I	á	10	3	51	in.
13	»	I	á	6	26	49	in.
17	»	II	á	8	58	33	in.
29	»	I	á	6	56	39	in.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

1	Enero	I	á	6 ^h	10 ^m	entrada.
»	»	»	á	8	22	salida.
»	»	II	á	6	39	ent.
»	»	»	á	9	1	sal.
3	»	III	á	4	9	sal.
8	»	I	á	8	5	ent.
»	»	»	á	10	17	sal.
»	»	II	á	9	18	ent.
»	»	»	á	11	40	sal.
15	»	I	á	10	0	ent.
»	»	»	á	12	13	sal.
24	»	I	á	6	24	ent.
»	»	»	á	8	37	sal.
31	»	I	á	8	19	ent.
»	»	»	á	10	32	sal.
2	Febrero	II	á	6	33	ent.
»	»	»	á	8	55	sal.
22	»	III	á	7	12	ent.
»	»	»	á	9	11	sal.
23	»	I	á	8	34	ent.
»	»	»	á	10	47	sal.
2	Marzo	I	á	9	13	ent.
»	»	»	á	10	29	sal.
6	»	II	á	6	26	ent.
»	»	»	á	8	49	sal.
11	»	I	á	6	54	ent.
»	»	»	á	9	7	sal.
27	Octubre	I	á	8	56	ent.
»	»	»	á	11	9	sal.
30	»	II	á	9	1	ent.
»	»	»	á	11	35	sal.
14	Noviembre	III	á	11	2	ent.
»	»	»	á	13	46	sal.
19	»	I	á	9	6	ent.
»	»	»	á	11	22	sal.
26	»	I	á	11	0	ent.
»	»	»	á	13	16	sal.
1	Diciembre	I	á	8	38	ent.
»	»	»	á	11	14	sal.
5	»	I	á	7	22	ent.
»	»	»	á	9	38	sal.
12	»	I	á	9	16	ent.
»	»	»	á	11	33	sal.
20	»	III	á	6	56	ent.
»	»	»	á	9	46	sal.
21	»	I	á	5	37	ent.
»	»	»	á	7	56	sal.
23	»	II	á	5	45	ent.
»	»	»	á	8	22	sal.
27	»	III	á	10	56	ent.
»	»	»	á	13	47	sal.
28	»	I	á	7	34	ent.
»	»	»	á	9	50	sal.

Salvo raros casos, exceptuados por su importancia, sólo se han indicado los fenómenos observables á horas bastante cómodas.

SATURNO.—De Enero á Julio se dejará ver en la constelación de la Virgen, entre las estrellas ζ y α ó *Espiga*, y estará en oposición el 11 de Abril, en cuyo día su altura aparente sobre el horizonte de Madrid, á la hora de su paso por el meridiano, ó sea á media noche, será de $43^{\circ} 40'$.

El anillo quedará un poco más visible que en la figura que lo representa en el ALMANAQUE de 1893.

URANO Y NEPTUNO.—De Mayo á Septiembre, el primero se hallará situado en la constelación de Libra, al Oeste, y muy cerca de la estrella α .

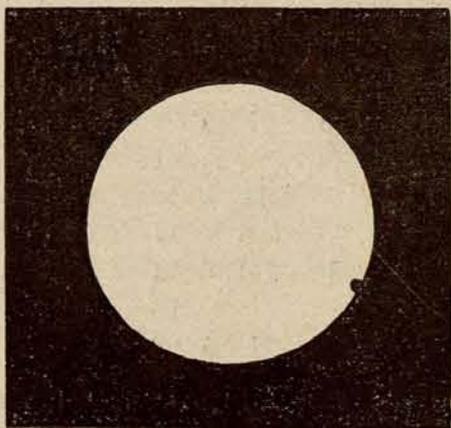
De Enero á Marzo se hallará el segundo en la constelación de Tauro, al Sur de la estrella τ . De Septiembre á Diciembre, un poco al Este de la misma estrella.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos de Sol y dos de Luna, de los cuales sólo será visible, en parte, en Madrid, el parcial de Luna que ocurrirá en la madrugada del 15 de Septiembre.

PASO DE MERCURIO POR DELANTE DEL SOL.—Este curioso fenómeno tendrá efecto el 10 de Noviembre, y será, en parte, visible en España, desde dondó podrán observarse los dos contactos de la entrada. Las horas de estos instantes, calculadas por las fórmulas astronómicas rigurosas, serán, para Madrid:

Primer contacto exterior, $3^{\text{h}} 40^{\text{m}} 14^{\text{s}}$
» » interior, $3 42 18$.

En anteojos que den la imagen invertida, la entrada se verificará por el punto del disco solar indicado en la figura adjunta.



El Sol se pondrá en dicho día á $4^{\text{h}} 48^{\text{m}}$.

Se supone, naturalmente, que los relojes empleados en estas observaciones se hallan perfectamente arreglados al tiempo medio.

LA TIERRA EN 1894.—Este epigrafe sorprenderá tal vez al lector, quien se preguntará, desde luego, si no es cosa averiguada que la Tierra ha de continuar ocupando en cada día del año venidero los mismos lugares de su órbita que ocupó en los precedentes, ó si se trata de predecir algunos de esos trastornos geológicos que hunden vastos territorios en los abismos oceánicos ó los elevan á mayor altura, reproduciéndose ahora los cataclismos de que en remotas edades fué teatro el globo que habitamos.

Ni de lo uno ni de lo otro se trata, puesto que el planeta continuará navegando sin escollo en el piélagó inmenso del espacio, y Francia y Alemania y los Estados Unidos y

las regiones todas de su superficie subsistirán por ahora con el relieve y en el lugar que les fueron señalados al emerger del seno de los mares. Hasta España subsistirá con su configuración actual, y el nivel de sus diversos horizontes será el mismo que al presente ocupan, sin otra particularidad que el descenso de su nivel en lo que hace relación á la cultura intelectual, considerada en la esfera más elevada de sus manifestaciones.

La notable inferioridad relativa que acerca de este particular ofrece nuestro país, es un hecho que toda persona reflexiva debe reconocer y deplorar, siendo por cierto sensible que los años transcurran, que el siglo XIX se halle ya expirando, sin que se haya conseguido todavía despertar el amor al estudio y al trabajo que de él deriva, en todas las clases sociales, sin que la ciencia ocupe el preeminente lugar que se la concede en los países más florecientes, que son, con palpable evidencia, aquellos en que los conocimientos científicos se aprecian y se aplican.

Hace más de cinco lustros que oímos hablar en tono magistral, y con un énfasis frecuentemente hueco de sentido, de civilización y de progreso, y sin embargo, nadie páramientes en que ni la locomotora, ni el telégrafo, ni el teléfono, ni el análisis espectral, ni las doctrinas pastorianas, ni ninguno, en fin, de los portentosos inventos que han hecho cambiar la faz del mundo é impreso carácter al siglo en que vivimos, ha nacido en este suelo, ni fuera lógico que nazca, dadas las deficiencias de la pública instrucción.

Es harto notorio que con los planes de enseñanza que aquí se han ido sucediendo, poco ó nada se ha adelantado en este punto, y la primera prueba de ello es que entre los alumnos que han cursado la segunda enseñanza, plantel de jóvenes que más tarde han de ejercer decisiva influencia en los destinos de la patria, apenas se encuentra uno que sepa cuanto se le ha enseñado. Ni puede esperarse otro resultado, atendido al sinnúmero é inconcebible extensión de las materias exigidas, de donde resulta una completa falta de preparación para cursar con fruto los estudios superiores y la total carencia de esas nociones fundamentales que dan con el tiempo lucidez al concepto, rectitud al juicio, y son, en suma, como la clave de la vida.

Imperta, pues, reducir el número de aquellas materias, y cursar con amplitud suficiente, pero no exagerada, las subsistentes, que debieran darse en seis años, ó sea á razón de dos cada año, en cursos de lección diaria, á excepción de la lengua francesa, así repartidos:

Primer año. Latín, Historia.

Segundo id. Geografía, Literatura, Francés.

Tercer id. Religión y Moral, Filosofía, Francés.

Cuarto id. Zoología y Botánica, Aritmética y Álgebra.

Quinto id. Mineralogía y Geología, Geometría y Trigonometría.

Sexto id. Física, Química.

El primer curso de Historia Natural comprendería las aplicaciones á la higiene; el segundo, las relativas á la agricultura.

En todos los órdenes de la enseñanza hay que suprimir las vacaciones dentro del año escolar, y trazar las líneas generales de un programa claro y único para cada asignatura, armonizando la unidad de preguntas con la diversidad de textos, con lo cual se evitaría el caso de algún pro-

grama que ni el mismo Newton podría comprender. Los exámenes han de ser rigurosos, y en las facultades, orales ó por escrito, á voluntad del alumno.

Si además se reorganizan y fomentan de un modo racional los estudios de aplicación, y la enseñanza primaria se atempera á la norma de simplificar los estudios y revestirlos de atractivo, se habrá dado un paso verdaderamente trascendental en el camino del progreso.

¿Comprende ahora el lector, no la *posición*, sino el *estado*

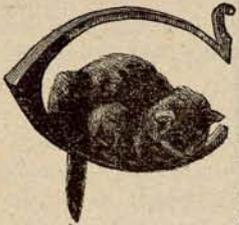
de la Tierra en 1894? ¿Y comprende también por qué las dos soluciones del problema planteado al final de la reseña del cielo para el ALMANAQUE de 1893, á saber, $x = NR$ y $x = B$ y F , continúan siendo las más adecuadas? Recientemente se ha elevado el problema al tercer grado, y obtenido una nueva solución, $x = M$, solución igualmente aceptable si, como es de esperar, se identifica con el fundamento de las consideraciones que se acaban de exponer.

JOSÉ J. LANDERER.



¡BUENOS DÍAS!

EN EL LIMBO



I.

Al muerto en la calle, pero seguí vi- viendo mucho tiempo. Puedo atesti- guar, porque lo he pasado, que así como hay en el feto una vida que no es vida, hay una muerte que no es muerte en el cadáver; que la naturaleza procede con sabia lentitud, así al formar como al destruir los organismos. Tenía conciencia de estar muerto, y aquel nuevo estado me parecía natural y no definitivo. Un bienestar físico había sucedido á las molestias corporales que, aun en plena salud, produce la gimnasia de la vida. Parecíame haber habitado hasta entonces en una fábrica atestada de máquinas, oficinas y operarios, y encontrar- me en el mismo edificio, desalquilado y silencioso, pero tranquilo. Nunca había gozado con tal plenitud el descanso material, y sólo entonces comprendí que el vivir era un trabajo, y tal vez un castigo, y que el trabajar en vida, más bien que esfuerzo y pena, es una distracción que ayuda á olvidar el gran trabajo de vivir. Mis ideas se hicieron en parte más claras y en otro concepto más confusas: apenas me daba ya cuenta de lo que fueron las sensaciones corporales, como el hambre y los dolores de los miembros; y en cambio lo moral y espiritual se compenetraba tanto en mi substancia, que tomaba para mí una especie de consistencia material.

Poco á poco cesé de oír y ver; me encontré aislado: ¿dónde? no lo sé. ¿Residía aún en el cadáver? ¿Estaba en el sepulcro, ó en el espacio? Sólo puedo decir que estaba conmigo mismo, reconcentrado en la contemplación de mis merecimientos y mis culpas. Se me había dejado solo para hacer mi examen de conciencia, aprisionado en el bien y el mal que había hecho al vivir.

Y cuando me quejaba entre mí, un acusador invisible respondía:

—Tú lo quisiste: sólo sobreviven al hombre sus obras: tenías á tu alcance el mal y el bien; y como al cesar la vida sólo queda al espíritu lo puramente espiritual, cada cual se fabrica su paraíso y su purgatorio.

Y cuando el remordimiento era insufrible, suavizaba

aquella pena, á modo de calmante, el recuerdo de una buena acción, y aun de un simple dolor por el mal de otro; que quien toma para sí parte de la tristeza ajena, es tan benemérito como quien se desprende de lo suyo para que lo disfruten los demás.

Y me preguntaba yo:

—¿Serán mis culpas eternas?

—Las culpas— me respondía la voz— tienen la extensión de su malicia. Lo hecho no tiene remedio: sufre y espera que sólo el bien es de naturaleza incorruptible.

—¿No hay manera de borrarlas?

—Borradas las tenías, al parecer, para los demás, pero no para ti: que debajo del borrón de tinta continúa escrita la palabra para aquel que la ha tachado.

II.

—Cesó tu purgatorio—dijo una voz dulce y muy conocida para mí. Era ese amigo inseparable que escucha lo que pensamos y presencia cuanto hacemos; el Ángel de la Guarda.

—¿Adónde voy ahora?

—Al Limbo.

—¿Á mi edad?

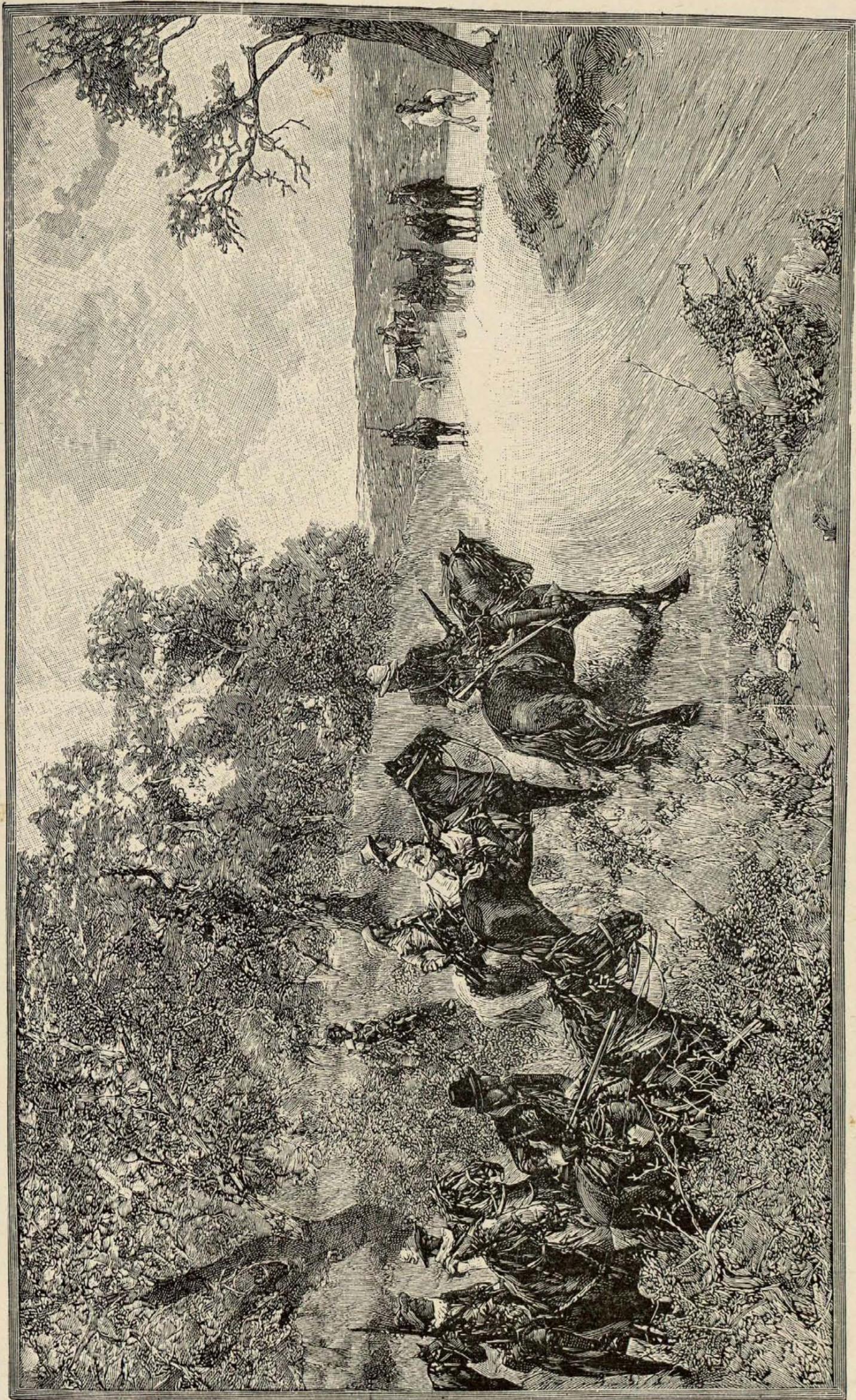
—¿Acaso has dejado de ser niño? Esa circunstancia atenuante te ha salvado de otras penas. El fiscal pedía el castigo de todas tus culpas, y te he defendido por poeta.

—¡Ah! ¿Tienen privilegios en esta vida los que hicieron versos en la otra?

—Versos y prosa dirás: que la poesía no es sólo forma, sino esencia, y has pasado tu vida en leer á los poetas ó imaginar como ellos ficciones y locuras. Esa distracción continua te ha librado de muchas malas acciones, desahogándote con algunas obras malas. Y aunque nada hubieras escrito, bastaría para calificarte de poeta tu afición al arte y el haberle dado tal importancia en tu paso por el mundo.

—¿De modo que el Limbo viene á ser lo que habíamos dado en llamar el Parnaso?

—No; hay otras muchas gentes irresponsables: los niños, los imbeciles y locos; los artistas; los que inventaron



AVENTURA DE GIL BLAS EN UNIÓN DE LOS BANDOLEROS.

(Capítulo IX, libro 1.º)

CUADRO DE D. JOSÉ MORENO CARBONERO.

cosas inútiles; los que se perdieron por amor: es el índice muy largo.

A todo esto el ángel me conducía de la mano por un camino muy iluminado, que resultó ser la Vía Láctea.

III.

No es posible imaginarse las miríadas de criaturas que jugaban en aquel paisaje encantador, trepando por los árboles, y cayendo de ellos sin hacerse daño; amontonándose unos sobre otros como la arena, sin sofocarse, y cayendo por un monte en forma de cascada para seguir corriendo como un río de niños. Otros evolucionaban en una gran llanura, enlazados por la cintura, formando eses y círculos. Y era maravilla no oírse un solo llanto, ni verse sino caritas risueñas y cabezas rubias, albinas, pelinegras ó enteramente lisas. Por allí se columpiaban de las ramas; allá cabalgaban en elefantes y leones inofensivos, ó blandían á manera de látigos serpientes escamosas, sirviéndose, como de juguete, de todo lo que en este mundo nos parece más terrible.

IV

Dejamos el país de los niños y nos internamos por una ancha alameda. Allí me salió al encuentro Alvaro, un antiguo amigo, que me abrazó con efusión: en aquel choque amistoso noté la ligereza de nuestros cuerpos, que sólo conservaban la forma y el color, la voz y el movimiento, con la apariencia del vestido.

—¿De qué has muerto?—me dijo.

—No lo sé: caí sin decir ¡ay! en medio de la calle.

—¡Qué suerte tuviste! á mí me ejecutaron con todos los tormentos del arte de curar.

—Yo asistí á tu entierro—le dije;—quedaste amarillo como un canario.

—¿Qué hizo mi mujer?

—Te hizo grandes exequias, y sólo se casó cuando pasó el año de luto.

—¿Se casó? ¿Con quién?

—Con tu amigo Pedro.

—¿De veras?

—¡Cómo! ¿No lo suponías?

—¿Yo?

—¡Pobre Álvaro!

—Ni una palabra más—dijo la sombra:—ahora comprendo por qué estoy en el Limbo.

V.

—¿No conoces á aquél?—me dijo Álvaro.

—¿No es Patricio?—contesté.

—El mismo; el que pasó su vida reformándolo todo y dejando lo peor, y haciendo, con la mejor intención, daños incalculables.

Le llamamos, y dijo después de los saludos:

—Estaba pensando que el Limbo está mal arreglado. ¿No les parece á ustedes demasiado ancho, y que convendría retirar las criaturas á otra parte?

—Entonces no sería Limbo.

—Eso deseo—repuso Patricio con misterio.

—Si le dejasen á usted reformarlo, sería esto un Infierno.

VI.

—¿Qué pareja es aquella que pasea por la soledad?

—Son dos novios.

—¡Si tienen el pelo blanco!

—Es que son novios desde la juventud: se amaron toda la vida, sin atreverse á constituir familia, y subieron puros al Limbo.

—¿Y esa pureza no les abrió las puertas celestiales?

—No era una pureza material; que tenía algo de avaricia y de recelos.

—¿Y por qué se alejan de las gentes?

—Para bostezar con más libertad.

—En efecto, él abre la boca..... y no la cierra.

—Es que aquí los bostezos duran medio siglo.

VII.

—¿No es aquél un capuchino?

—Sí; hemos llegado al país de la poesía: retírense los que no son aficionados ó poetas.

—¿Luego ese fraile lo fué?

—Sí; compuso un libro místico, titulado: *Arte de ganar la Gloria, haciendo trampas al demonio*.

—¿Y aquél? Pero si es nuestro querido amigo el gran poeta Fernández y González. ¡Cómo! ¿Usted aquí? ¿Usted?

—Yo mismo, por intrigas de Tirso y Calderón, que se han colado arriba. Pero se fastidian: he puesto el Limbo en moda, y aquí viene ya lo mejor de la Tierra en representación é inteligencia.

—¿Luego no hay justicia ni por este mundo?

—¿Cómo que no? Sí la hay, y estoy bien recluso aquí, por haber dejado explotar mi gran fantasía á los que traficaron con ella, no escribiendo para mi fama, sino para su negocio. Pero mi fama es inmortal. Yo, en rigor, debí ser condenado, porque tenía temperamento musulmán, y España era mi harén. Pero no podía ser castigado; porque el Parnaso está donde esté yo: y aquí, *inter nos*, no convenía que yo entrase en el Infierno. Porque hubiera ardidido el Universo, y Satanás y yo hubiéramos jugado á la pelota con los mundos.

—¿Qué dice usted?

—Nada; son suposiciones: que en el fondo, si se leen bien mis obras, soy un místico; el mayor de los creyentes: un profeta laico. Pero..... adiós, que estoy citado con Cervantes.

—¿Está aquí también?



PARA EL PADRE PRIOR.—CUADRO DE D. PLÁCIDO FRANCÉS.